

## **Tito 3:4-6**

Sermón Tito 3:4-6 Primer Domingo después de la Epifanía  
2010 AT Isaías 42:1-7 Ev. Lucas 3:15-17, 21, 22

<sup>4</sup>Pero cuando se manifestó la bondad de Dios, nuestro Salvador, y su amor para con la humanidad, <sup>5</sup>nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, <sup>6</sup>el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo, nuestro Salvador, <sup>7</sup>para que, justificados por su gracia, llegáramos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna. Tito 3:4-6

En este día la congregación de Zapallal está celebrando el hecho de que Dios está agregando dos almas más a su reino mediante el sacramento del Santo Bautismo. También es el día en que la iglesia recuerda el bautismo de Jesucristo en las aguas del río Jordán. Cristo, el santo e inocente Hijo de Dios manifestado en carne humana, se presenta para un bautismo que es de arrepentimiento para el perdón de los pecados. Si se preguntan para qué necesitaba Cristo ser bautizado cuando no tenía ningún pecado, no son los primeros en hacer la pregunta. El mismo Juan el Bautista dice a Jesús: “Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú acudes a mí?” La respuesta de Jesús es significativa y consoladora: “Permítelo ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia”.

Aun el bautismo de Jesús fue algo que hizo en solidaridad con los pecadores. Fue un cumplir toda justicia, una acción en la que el Salvador toma el lugar de los pecadores y cumple la justicia que ellos no cumplían y no podían cumplir, para que su justicia pudiera ser aplicada a los pecadores.

Nuestro texto, que trata entre otras cosas de lo que sucede en nuestro bautismo, muestra el resultado de todo lo que Jesús hizo por nosotros. Nos asegura que Dios nos ha salvado. Veremos I Por qué, II, Cómo, y III Para qué.

¿Por qué nos ha salvado Dios? Pablo escribe a Tito describiendo la situación de él y Tito: “Nosotros también éramos en otro tiempo insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de placeres y deleites diversos, viviendo en malicia y envidia, odiados y

odiándonos unos a otros”. v. 3. Una triste realidad que se aplica no sólo a Pablo y Tito y los demás cristianos del primer siglo, sino sigue siendo la realidad en el caso de cada uno de nosotros. Nuestro corazón estaba en rebelión contra Dios. Insistíamos en hacer lo que queríamos, sin importar la voluntad de Dios. Nos disgustaba lo que tenían otros, hacíamos daño unos a otros, y como resultado nos llenamos de sospechas e ira y enemistad unos contra otros. La naturaleza humana no ha cambiado en 2000 años.

Evidentemente, con esa naturaleza, y con una mente carnal que la Biblia describe como enemistad contra Dios, no hay nada en nosotros que podría agradar a Dios y hacer que él nos apruebe y nos salve. Y efectivamente Pablo dice qué no es la razón de nuestra salvación. Dice: “no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho”. Evidentemente, las obras descritas en el versículo 3 son obras injustas, que no pueden obtener la aprobación de Dios. Pero hay muchos que piensan que, mediante un esfuerzo por la reforma moral, se puede hacer obras justas y que Dios tendrá que aprobarlas y salvarlos. Pero aquí Pablo dice que tales obras, aun en el caso de que nuestros vecinos pudieran admirarse de cuán cambiados somos, no podrían ganar la aprobación de Dios. Como dijo el profeta Isaías: “Pues todos nosotros somos como cosa impura, todas nuestras justicias como trapo de inmundicia” (Isa 64:6). Sí, aun nuestras mejores obras delante de Dios son tan imperfectas que tienen que llamarse “trapo de inmundicia”. No son algo que dé la razón o causa de nuestra salvación.

Sin embargo, Pablo afirma que Dios nos salvó. ¿Por qué? “Por su misericordia”. Sencillamente vio nuestra lamentable condición de pecadores perdidos y condenados y tuvo compasión. Habla de lo que era completamente inesperado. En donde debe haber seguido la sentencia por nuestro pecado y rebelión, sigue diciendo: “<sup>4</sup>Pero cuando se manifestó la bondad de Dios, nuestro Salvador, y su amor para con la humanidad, nos salvó”. La bondad es una actitud benéfica acompañada con la acción para demostrar esa actitud. Es producto de un amor por toda la humanidad que estaba en el corazón de Dios. Y ¿cuándo se manifestó esa bondad y amor de Dios para la humanidad? Con la venida de Jesucristo para compartir nuestra carne humana, cumplir la justa ley de Dios en nuestro lugar, y sufrir todo el castigo que merecieron nuestros pecados. “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que

todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Jn 3.16).

Este amor se extiende efectivamente al mundo entero, es al hombre que Dios amó. La venida de Cristo no fue para unos cuantos, sino para toda la humanidad perdida, para cada uno de nosotros. Aun el peor pecador no es tan vil que el amor de Dios en Cristo no sea suficiente para salvarlo. No debemos rebelarnos contra este gran pensamiento de la misericordia divina.

Recuerde la descripción que Pablo tuvo que dar de cada uno de nosotros. Recuerde que no es debido a ninguna obra de justicia que nosotros hayamos hecho que somos salvos. Todo depende exclusivamente de la misericordia de Dios que él manifestó en la vida y obra de Jesucristo nuestro Salvador.

Sin embargo, sabemos que no todos serán salvos. ¿Qué dice la Biblia sobre el asunto?: “El que creyere que fuere bautizado, será salvo, mas el que no creyere, será condenado”. Nuestro texto también habla de la manera en que personalmente llegamos a poseer los beneficios de la gran obra salvadora de Jesucristo. “Por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo”. Éste es el lavamiento de que habló Jesús cuando dijo: “De cierto, de cierto te digo que el que no nace de agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios. Lo que nace de la carne, carne es; y lo que nace del Espíritu, espíritu es” (Jn 3:5-6). La referencia es al bautismo. En él se combina la palabra y la promesa de Dios con el agua física para producir un lavamiento que no es sólo externo del cuerpo, sino que es espiritual. Es un lavamiento de la regeneración. Produce una nueva vida. Produce o fortalece la fe, que es la manera en que nos apropiamos la salvación que Cristo ganó en la cruz. Es también un lavamiento de renovación. Nos hace nuevas criaturas. En vez de personas que odiaban a Dios, ahora lo amamos como nuestro Dios salvador. En vez de rebeldes, ahora nos deleitamos en hacer la voluntad del Señor según el hombre nuevo e interior. En vez de ser personas que odiamos y somos odiados, ahora en gratitud a Cristo que nos perdonó a nosotros estamos dispuestos a mostrar bondad a los demás y a perdonarles sus ofensas contra nosotros.

¿Cómo puede el bautismo producir tan maravillosos efectos? Jesús en Juan dice que la persona nace de nuevo “por el Espíritu”. Pablo aquí también dice que esto sucede “en el Espíritu Santo”. Este Espíritu Santo Dios lo “derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo, nuestro Salvador”. Lo

que sucedió en general a la iglesia en el día de Pentecostés, el derramamiento generoso del Espíritu Santo con todos sus dones y beneficios, sucede también en el caso de cada uno de nosotros en nuestro bautismo. No tenemos que buscar más lejos para tener la plenitud de los dones del Espíritu. Jesús envía al Espíritu Santo y sus dones a cada cristiano en su bautismo. Vemos también aquí quién es que realmente bautiza. El pastor es sólo el agente. Dios mismo, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, en cuyo nombre somos bautizados, nos bautiza y así nos suple nueva vida por medio de la fe en Cristo nuestro Salvador.

En el bautismo somos justificados, “justificados por su gracia” dice Pablo cuando habla de los resultados del bautismo. En el bautismo Dios mismo viene y nos promete el perdón completo de todos nuestros pecados. De hecho, cada uno debemos estar seguros de que tan seguro es que el agua del bautismo ha tocado nuestro cuerpo, igual de seguro es que por la palabra y promesa de Dios somos limpiados también de todos nuestros pecados, de modo que Dios nos declara justos, no por nuestras propias obras, sino por la vida y obediencia perfecta de Cristo en nuestro lugar que es aplicado a nosotros. Pablo otra vez enfatiza que esto sucede “por su gracia”, es decir, por el favor inmerecido de Dios.

Pero ¿qué propósito tenía Dios en mostrarnos tanta bondad y amor en la obra de Cristo, y luego en personalmente venir a nosotros en el bautismo? Pablo dice: “para que, justificados por su gracia, llegáramos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna”.

En el bautismo Dios nos ha hecho sus herederos. Si somos los herederos de Dios, somos sus hijos. Esto es notable, puesto que sólo habíamos merecido el rechazo y la condenación. Pero allí está. En el bautismo hemos sido adoptados como miembros de la misma familia de Dios y hechos “herederos de Dios y coherederos con Cristo”. Todo lo que goza Cristo ahora en el cielo será nuestro.

Así Pablo también dice que somos herederos “conforme a la esperanza de la vida eterna”. Ahora somos los hijos de Dios. Pero lo que nos espera en el futuro y es hecho seguro para nosotros es aun más maravilloso de lo que tenemos ahora. Tendremos vida eterna. Cuando Pablo habla de esperanza en conexión de la vida eterna, no está poniéndola en tela de duda, como cuando decimos que esperamos que no caiga un huaico en

nuestro viaje a la sierra. No, ésta es una esperanza que descansa sobre las seguras promesas de Dios. Es una esperanza que no avergüenza.

¿Quién puede contar todos los beneficios que Dios da por este humilde medio de gracia que se ha aplicado a estos dos individuos esta mañana? ¿Cómo podemos nosotros agradecer lo suficientemente todo lo que Dios ha dado a cada uno de nosotros en nuestro bautismo? Cuando todavía nos atacan los pecados, y cuando nos agobia nuestra conciencia, volvamos a la promesa que Dios nos ha hecho en el bautismo, de que somos los hijos de Dios, perdonados y justificados por su gracia. Y crezcamos diariamente en nuestra anticipación de esa vida eterna que Dios nos prometió y aseguró en nuestro bautismo. Amén.